



CAPÍTULO VIII.

—
DE CÓMO UNA VISITA DE CONFIANZA
PUEDE TORNARSE EN EMBARAZOSA.

MUY poco tiempo duró esta conversación, pues don Manuel no tardó en presentarse á la hora de costumbre.

Reinó entre aquellos tres personajes la mayor cordialidad del mundo; ¡qué naturalidad, qué aplomo, qué sencillez! todo era allí perfecto. Podría haberse desafiado al observador mas sagaz, á que descubriera una segunda intención en cualquiera de aquellos tres comediantes.

Hasta llegó á pensar don Manuel que todos sus temores no habrían sido sinó malos juicios.

Zubieta y Lola, por su parte, creyeron que tal vez habían ido demasiado lejos, al tomar precauciones que acaso eran completamente inútiles.

Don Manuel pensó.

—¡Pobre de mi mujer, qué buena es!

Lola dijo para sí.

—¡Pobre de mi marido, qué bueno es!

Solo Zubieta estaba perplejo; pero muy inclinado á creer en la inocencia de Lola, y más que todo en su propia inocencia.

Don Manuel acabó por restregarse las manos y por pedir su chocolate.

El horizonte se despejó completamente; y Lola hasta se acercó á su marido, quien tomando el asiento de costumbre, y con la satisfacción propia de aquél á quien le acaban de salir de la cabeza algunas nubes negras, dirigió una mirada franca á Zubieta y le preguntó.

—¿Cómo vamos de tiempo?

—Bien, señor don Manuel, bien á Dios gracias ¿y usted qué dice?

—Pues aquí pasándola, hombre, pasándola; con esta parálisis del comercio; si ya nadie compra, están los dependientes inmóviles, viendo pasar el mes delante de ellos.

—Pues eso está malo.

—Estoy esperando el día de Corpus; ahora para Corpus suben siempre las ventas, y ya veremos, ya veremos.

Entró Ramona, trayendo el consabido chocolate.

—¿Le traen á usted chocolate, don Pepe?

—Mil gracias, contestó Zubieta.

—¿Mil gracias sí, ó mil gracias nó? insistió don Manuel.

—Mil gracias nó, contestó Zubieta de una manera muy comedida.

—Ya sabes, interpuso Lola, que Zubieta no es de chocolate; dice que es una vieja costumbre á que nunca ha podido avenirse.

—¡Hombre! exclamó don Manuel con la boca llena con media *pechuguita* de hue-

vo, y ahuecando la voz como el que se quema.... ¡Hombre! usted no entrará á la gloria: dicen que en la portería del cielo sirven chocolate todas las tardes.

Zubieta procuró celebrar esta gracia, y se esforzó por reírse.

Lola estaba poniendo mucho cuidado en no ver á Zubieta.

Zubieta por su parte veía de vez en cuando á Lola, y notaba con mucho desconsuelo, que Lola no lo veía, que no aprovechaba ninguna oportunidad para verlo, y á su pesar Zubieta se puso pensativo.

—Las mujeres, pensó, las mujeres!... hace un momento Lola era una: ahora es otra apenas le sonrió su marido.

Es cierto que yo no había pensado nada malo, no señor, ¡qué disparate! pero en fin, en el seno de la confianza, y supuesto que yo iba á ayudarle á Lola.... Es necesario ver, después de lo que está pasando, cómo se porta Lola conmigo, cuando estemos solos; porque Lola puede querer á su marido cuanto le plazca, aunque su marido

no se lo merezca, eso no es cuento mío; pero en fin en todo caso, yo no quiero ser un instrumento ridículo.

Todo esto pasó súbitamente por la imaginación de Zubieta, quien, disimulando lo más que pudo su estado de vacilación interior, anudó de nuevo la conversación con don Manuel.

Ya había logrado Zubieta recobrar todo su aplomo, cuando don Manuel, acaso inocentemente, le dijo:

—¿Qué día es hoy?

—Hoy, respondió Zubieta con seguridad, hoy es jueves.

—¿Jueves?

—Sí.

—¿Jueves? repitió don Manuel.

—¿Por qué lo pregunta usted?

—Nada; yo lo decía porque me parece que usted me dijo que tenía no sé qué ocupación hoy.

—¡Ah! exclamó Zubieta, sí.... efectivamente, hoy debía... pero se trasfirió... se trasfirió sí señor; y dije: pues no perdamos nuestras buenas costumbres.

—Ya lo decía yo, repuso don Manuel, si yo bien me acordaba, y luego que como lo ví á usted vestido así, como de....

—¿Vestido? no hombre: estoy como toños los días.

—Yo le noto á usted algo.

—Lo que le has de estar extrañando es la corbata azul, agregó Lola con aire perfectamente candoroso.

Lola iba á agregar que á ella le gustaba mucho lo azul, pero se arrepintió.

Zubieta se acordó de que se había puesto su gran anillo; y desde ese momento procuró no mover mucho la mano derecha, temiendo que don Manuel se fijase también en aquel detalle que, si bien Zubieta no lo había estudiado, en aquel momento le pareció que debía ocultarlo.

A Zubieta empezó á sucederle una cosa rara, y era ésta:

Desde aquel momento había empezado á molestarle todo lo que le decía don Manuel, al grado de que llegó á persuadirse de que don Manuel se había propuesto hos-

tilizarlo, movido por alguna mira particular.

Decididamente Zubieta estaba en los momentos menos á propósito para acertar en materia de apreciaciones, y sentía interiormente cierta intranquilidad que lo desazonaba.

Lola, con esa penetración tan peculiar de su sexo, estaba adivinando todo esto, como si Zubieta se estuviera transparentando; y á la vez que lo comprendía todo, tenía la suficiente fuerza de voluntad para sobreponerse y para disimular completamente su turbación.

Estaban aglomerándose á cada paso sobre Zubieta tantas y tan variadas contradicciones y pequeñeces, que no tardó en revelar á la fina penetración de Lola su embarazoso estado moral, por medio de ese síntoma fisiológico que se escapa á bien pocas mujeres.

Zubieta tenía las orejas coloradas.

Circunstancia que el mismo Zubieta no tardó en conocer, decidiéndose, por lo tanto, á terminar su embarazosa situación, hacien-

do aquella visita mucho mas corta que todas las que hasta la presente había hecho en la casa hacía seis años.

—¿Por qué se va usted tan pronto? le preguntó don Manuel, viendo que tomaba su sombrero.

—¿Pronto, decía usted? contestó Zubieta, no, sinó que me siento mal.

—¿Está usted indispuerto?

—Sí, un poco: le estoy temiendo á uno de mis constipados, porque me dan con una fuerza....

—¡Ah! pues cuidarse, cuidarse, dijo don Manuel de buena fe.

Y Zubieta se despidió definitivamente; y como si quisiera reasumir la situación en el momento de la despedida al darle la mano á Lola, se la oprimió de una manera particular.

Cuando Lola y don Manuel estuvieron solos, se pusieron á pensar en una sola cosa.

En Zubieta.

Pero ninguno de los dos quiso hablar de él.

Los dos estaban reventando por hablar, pero ninguno quería ser el primero.

Lola, por ejemplo, pensaba—si hablara yo ahora de Zubieta, podría hacerlo con tal naturalidad y con tal aplomo, que mi marido acabaría por convencerse de que es muy injusto en encelarse.

Don Manuel pensaba.

—Si hablara yo ahora de Zubieta, estoy seguro que mi mujer notaría en mi naturalidad, que efectivamente no tengo motivo para ponerme impertinente y reservado: el pobre Zubieta es un buen hombre.

Esta homogeneidad de pensamientos determinó en el matrimonio, como una cosa á manera de un vientecillo fresco: se podía creer que era el viento que naturalmente producían los aleteos de los geniecitos del amor; cosa que no sabemos acertivamente, pero de hecho se verificó un cambio favorableísimo en el alma de ambos consortes.

Este cambio se marcaba por cierta expansión de que parece que ambos estaban sedientos.

Don Manuel reflexionaba, viendo á su

mujer, que.... que decididamente Lola tenía mucha gracia.

De repente don Manuel se dió una palmada en la frente.

—¿Qué te pasa? preguntó Lola alarmándose.

—Nada, sino que.... yo no sé cómo se me fué á olvidar.

—¿Qué?

—Bien decía yo.

—¿Pero qué?

—Sí.... lo que sucede siempre: se está uno acordando todo el día de una cosa y á la hora se le olvida.

—¿Pero porqué? exclamó Lola mostrando más turbación de la que naturalmente debiera haberle causado aquella duda.

—Nada, nada, no te alarmes, en todo caso esto tiene remedio.

Lola esperaba la solución de aquel enigma, con una ansiedad creciente, hasta que por fin dijo don Manuel.

—Figúrate que tenía yo algo que decir á Zubieta, algo muy importante, y resulta

que hemos hablado de todo menos de lo que nos importaba; pero mañana, mañana mismo, acuérdamelo, es necesario mandar llamar á Zubieta; necesito hablar con él á toda costa: sobre que sería negocio de dejar escapar una buena oportunidad; y yo he dado mi palabra, y como comprenderás cuando uno se compromete á alguna cosa es preciso cumplir.

—¿Pero es el caso, dijo Lola, que yo no sé de qué se trata.

—¿Cómo de qué? de un negocio que tengo con Zubieta.... ¡por vida de!.... ¡cómo se me fué á olvidar! y es que....

En este momento volvió á recordar don Manuel, que Zubieta le había podido causar cierto disgusto, y de nuevo volvió la imaginación de don Manuel á perderse en el dédalo de conjeturas, temores y zozobras que lo habían preocupado.

Lola por su parte pensó en que había brillado por un momento el sol de paz, pero que á partir de aquel momento volvería á nublarse el horizonte.

—No se te olvide, insistió don Manuel: muy temprano le envías á Zubieta una tarjeta, suplicándole venga sin demora.

Como aquella pequeña contrariedad había bastado para hacer cambiar el aspecto tranquilo de don Manuel, Lola creyó prudente no hacer más preguntas sobre el particular, porque le pareció que, en tratándose de Zubieta, lo mejor sería emplear la mayor reserva en todo lo que á él perteneciera, porque siempre una doble precaución no estaría de más; y todo ello, en último resultado, tendría que ceder en pró de su tranquilidad conyugal que tanto anaba.



CAPÍTULO IX.

EL CORREDOR SOLARES.

UNA de las cosas que preocupaban más el ánimo de don Santiago, era la conveniente colocación de sus fondos, con el objeto de poder hacer de ellos el uso conveniente, sin exponerlos ni á un golpe de mano, ni mucho menos aventurarlos en asuntos dudosos.

A este fin, don Santiago buscó persona que lo orientase y le diese luces sobre el particular.

En todas las ciudades hay un lugar á